



“II. Historia, identidad y cultura nacional en México”

p. 17-28

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo III. Herencia cultural de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



II. HISTORIA, IDENTIDAD Y CULTURA NACIONAL EN MÉXICO*

Cuando las naciones hispanoamericanas accedieron a la vida independiente, sus nuevos dirigentes y sus hombres mejor preparados se plantearon varios interrogantes que con urgencia debían ser respondidos. En función de ellos iba a concebirse el proyecto de nación que abriría cauces al destino del país. Uno de los interrogantes se dirigía a tomar conciencia de lo que era el propio ser nacional. Implicaba esto volver la mirada a la historia, puesto que sólo ella podía mostrar lo que hasta entonces había sido, cuáles eran sus raíces, las realizaciones alcanzadas, así como los procesos de formación de los varios componentes del conglomerado social. Paralelamente, para tomar conciencia del propio ser, era necesario enterarse de los recursos que se tenía al alcance, lo que podía aportar la naturaleza en su correspondiente escenario geográfico.

En esto la respuesta podían ofrecerla técnicos y científicos como los geólogos, conocedores de la minería, o expertos en campos como la agricultura, ganadería, recursos forestales, marítimos y asimismo los que tenían a su cargo la educación y las artes en universidades y colegios. Pero también en lo concerniente a recursos, la historia tenía mucho que decir. Sólo ella podía mostrar las experiencias y logros hasta entonces obtenidos en campos como los que se han mencionado.

Hubo otro interrogante, relacionado intrínsecamente con el anterior, es decir, con la toma de conciencia que debía revelar lo que era la nación como consecuencia de su evolución histórica y los recursos de que disponía para el desarrollo de su vida independiente. El interrogante exigía la búsqueda de un modelo, congruente con el propio ser, que permitiera reestructurar la identidad y dar un nuevo norte al país en posesión ya de su libertad y en busca de la máxima prosperidad para todos sus ciudadanos.

Ahora bien, en los intentos de respuesta a este otro interrogante no siempre se tuvo presente lo que era el país en función de su historia y

* *Memorias de El Colegio Nacional*, México, 1984, v. X, n. 3, p. 183-187.



sus recursos. Quienes se entregaron apasionadamente a esa búsqueda —políticos, profesionistas e intelectuales— entrando con frecuencia en conflictos entre sí, pusieron su mirada en las que les parecieron realizaciones extraordinarias logradas por otros países. Hubo así quienes se propusieron transformar a su patria en función de los ideales y logros consecuencia de la Revolución francesa. Con grande admiración también se adujo el ejemplo de los Estados Unidos de América. En ellos, conjuntamente con la libertad y la igualdad, se había logrado establecer un régimen republicano y democrático que había hecho posible un desarrollo económico envidiable.

Cuantos pensaron esto tenían como cosa cierta que los tres siglos de sujeción a España, y la situación en que entonces se hallaba ésta, no ofrecían fuente alguna de inspiración para reestructurar en la modernidad la identidad y el destino del propio país. En contraparte, hubo grupos de políticos y pensadores en todas o la gran mayoría de las nuevas naciones independientes que rechazaron como utópicas y no congruentes con el propio ser esos intentos de respuesta que calificaron de un mimetismo altamente peligroso.

Entre estos últimos hubo también diferencias. Algunos sostuvieron, con argumentos que apoyaban en la experiencia histórica, que sólo sería viable la nueva nación conservando cuanto fuera posible de su herencia cultural hispánica. Sobre esa base debía reestructurarse lo que pareciera conveniente, pero siempre manteniendo las instituciones que habían dado cohesión al tejido social y político, como, en algunos casos, la forma monárquica de gobierno y el reconocimiento de la preeminencia de la Iglesia. Otros, a los que muchos tuvieron también como defensores de utopías, volvieron la mirada al pasado indígena y creyeron encontrar en él ideas y modelos de organización que debían ser tomados en cuenta para responder a los cuestionamientos que concernían al destino del propio país.

Como puede verse, en las búsquedas de respuesta a los interrogantes que, de variadas formas, surgieron en nuestros países al acceder éstos a la vida independiente, la historia desempeñó un papel considerablemente grande. Unas veces tomar conciencia del pasado movió a rechazarlo y a mirar la experiencia de otras naciones para tratar de copiarla; otras, la conciencia histórica llevó a no querer desprenderse de lo que se presentaba como raíz insuprimible, bien sea la hispánica o la indígena o ambas.



1. LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA A RAÍZ DE LA INDEPENDENCIA

Concentrándome en lo que ocurrió entonces en México, diré que puede documentarse ampliamente cómo la aportación historiográfica, bastante copiosa desde que se consumó la independencia, refleja poderosamente los antagonismos que entonces surgieron frente al requerimiento de reestructurar la identidad nacional. Y no sólo reflejó tales antagonismos sino que influyó también en la toma de decisiones dirigidas a la forja del nuevo país. Así un hombre como el doctor José María Luis Mora (1794-1850), político militante, fue autor de una obra considerada como clásica, *México y sus revoluciones*, aparecida en 1836. Campean en ella sus ideales reformistas, bastante radicales, teñidos de admiración por Francia, que serían inspiración de los grupos liberales de México. También mencionaré a Lorenzo de Zavala (1788-1836), que tanto aprecio tuvo por los Estados Unidos que, al separarse Texas de México, tomó partido por la primera y fue su primer vicepresidente. Publicó él en 1831 su influyente *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, así como una obra de exaltación a lo alcanzado por los norteamericanos en la que habla de un viaje que realizó a su país.

Asimismo político de ideas progresistas, pero admirador profundo de la herencia cultural indígena, Carlos María de Bustamante (1774-1848) escribió sin darse reposo y editó por vez primera obras que mostraban lo que había sido el México prehispánico. Como ejemplo citaré su edición de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, aportación hecha en el siglo XVI por fray Bernardino de Sahagún, al que se ha llamado padre de la Antropología en el Nuevo Mundo. Consiste ella en una presentación basada en centenares de textos en lengua náhuatl, reunidos por el fraile, que hablan de las principales instituciones indígenas y de sus logros en campos como la mineralogía, la medicina, la explotación agrícola, el arte, la literatura y la visión del mundo. Sacar a luz obras como ésta reforzó la idea de que también debía atenderse al pasado prehispánico en la reconstrucción de la identidad de una nación en que perduraban varios millones de indígenas.

En su gran aprecio por las culturas aborígenes coincidió Bustamante con Francisco Xavier Clavigero, jesuita exiliado en Bolonia (1731-1787). Había escrito este último su *Historia antigua de México* en la que exaltó la cultura de los pueblos indígenas como un pasado de perfiles clásicos. En ella vio la raíz más profunda del ser de México. Se propuso también en varias disertaciones refutar a algunos europeos, como Buffon y Cornelius de Pauw, que se habían expresado muy negativa-



mente acerca de la naturaleza y las culturas del Nuevo Mundo, y, por consiguiente, de México. Clavigero, que quiso contribuir a la formación de una conciencia nacional, cual si intuyera la proximidad de la independencia, fue precursor en esto de los posteriores historiógrafos de tendencias indigenistas y asimismo en hacer una especie de inventario de los recursos naturales y otros productos con los que México podía prosperar, comerciando incluso con otros países.

En contraposición con quienes, en busca de raíces, habían vuelto la mirada al pasado indígena o señalaban, como ejemplos que debían imitarse, a Francia o los Estados Unidos, hubo otros que privilegiaron el legado español. Reconocían en Hernán Cortés al fundador de la nación mexicana y alentaban aspiraciones monárquicas que podrían vincular al país de nueva forma con España. Sobresale entre ellos Lucas Alamán (1792-1853), dos veces ministro de Relaciones Exteriores y autor de obras de grande interés. En sus *Disertaciones sobre la historia de México* disminuye la importancia de las antiguas culturas indígenas, exalta la figura de Cortés y pondera los que considera grandes beneficios de la presencia española durante los tres siglos novohispanos. En otra obra muy extensa escribe como testigo de mucho de lo que allí relata. En su *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia [...] hasta la época presente*, en cinco volúmenes (1849-1852), Lucas Alamán critica duramente a varios de los caudillos de la Independencia, describiendo las características que tuvieron como su precipitación, crueldad y otros defectos. Una y otra vez atiende además a acontecimientos que, a su juicio, demuestran la necesidad de implantar un gobierno monárquico. Hubo otros políticos conservadores, también historiógrafos, como Luis Gonzaga Cuevas (1800-1867), al que se debe el libro *Porvenir de México. Juicio sobre su estado político en 1821 y 1851*. En él, coincidiendo en mucho con Lucas Alamán, hace de la historia argumento de tono hispanista para enderezar el porvenir y forjar la que debe ser genuina identidad nacional.

He querido mostrar —enfatiéndolo con el caso de México— el papel que desempeñó la labor historiográfica en la búsqueda y las dimensiones que se produjeron en relación con la concepción de un proyecto de nación y la estructuración de su correspondiente identidad. Podría continuar tratando sobre lo que ocurrió a lo largo de los vaivenes, varias veces trágicos, del devenir de México en buena parte de su historia de vida independiente. Para quienes habían visto en Francia y en los Estados Unidos los ideales a imitar, fueron dramáticas experiencias las guerras que México tuvo con esos países. Entre otras cosas, los Estados Unidos se apoderaron de aproximadamente la mitad



del territorio nacional, lo que significó para México la pérdida de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados.

Paradójico fue, por otra parte, que Francia, tenida por su revolución como un dechado de libertad, igualdad y fraternidad, apoyara el establecimiento de un imperio en México. La triste aventura de Maximiliano de Habsburgo fue por un momento la realización de los ideales monárquicos de los grupos conservadores.

2. NUEVAS FORMAS DE HISTORIOGRAFÍA

Durante el último tercio del siglo XIX las pesquisas históricas adquirieron profesionalismo, relacionadas muchas veces con las de investigadores extranjeros. Aunque es cierto que con frecuencia no están libres de tendencias nacionalistas y perduran en algunas de ellas los antagonismos de hispanistas e indigenistas, es también verdad que hay aportaciones que han resistido el paso del tiempo. De ellas puede afirmarse que han contribuido a enriquecer la cultura mexicana y también a dar a conocer al país en el extranjero.

Además de un considerable número de trabajos monográficos, deben mencionarse dos géneros de obras con amplia resonancia. Por una parte están las grandes visiones de conjunto de la historia de México. Por otra, las ediciones de documentos o fuentes primarias. Entre las visiones de conjunto sobresalen las debidas a Manuel Orozco y Berra (1816-1881), *Historia antigua y de la Conquista de México*, así como *Historia de la dominación española en México*. Con acopio de testimonios, buena redacción y acertado juicio, estas obras, cada una en varios volúmenes, contribuyeron a dar una imagen más equilibrada de los dos grandes períodos sobre los que se estaba edificando el México moderno.

Otro tanto puede decirse de la principal contribución de Niceto de Zamacois (1820-1885), de origen español pero afincado en México, su *Historia de México* en veinte volúmenes aparecidos entre 1877-1882. Zamacois, que se adentró con honda simpatía en el conocimiento de la trayectoria del país, que hizo suyo, incursionó con apoyo en sus investigaciones en el campo de la literatura. Varios de sus trabajos fueron muy leídos: *Los mexicanos pintados por sí mismos*, *El mendigo de San Ángel*, *El testamento de el Gallo pitagórico* y otros. Muy pronto la novela, el drama y hasta la ópera de temas históricos relativos a México vinieron a enriquecer la cultura nacional.

Una tercera gran síntesis, la que ha ejercido hasta hoy muy amplia influencia, se debió al también novelista, poeta, periodista, mili-



tar y diplomático Vicente Riva Palacio (1832-1896). La obra, en la que participaron otros cuatro distinguidos estudiosos, se intituló *México a través de los siglos*. Si bien todos los que en ella colaboraron participaban en el liberalismo y en las ideas positivistas entonces en boga, lograron en su conjunto un trabajo bien documentado, ricamente ilustrado y de considerable objetividad. Los juicios que formula Riva Palacio sobre figuras que para no pocos continuaban siendo controvertidas, como Hernán Cortés y el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, así como en general sobre el período del virreinato, son ejemplo de equilibrada ponderación. Fue esta obra la primera que estableció de manera clara la periodización de la historia de México en sus tres etapas, indígena, novohispana e independiente.

En paralelo con la publicación de estas obras, también en el siglo XIX, se inició el rescate de no pocas de las crónicas y muchos documentos del período novohispano, así como de manuscritos indígenas hasta entonces inéditos. En esta tarea sobresalieron el ya citado Manuel Orozco y Berra, José Fernando Ramírez y los infatigables Joaquín García Icazbalceta y Francisco del Paso y Troncoso. Así como ya algunos extranjeros habían escrito importantes monografías relativas al pasado de México —entre ellos William Prescott, Hubert Bancroft, Rémi Simeón, Serrano y Sanz y Eduard Seler— también algunos de éstos participaron en el rescate de las antiguas crónicas y otras fuentes primarias.

Las mencionadas grandes síntesis y el redescubrimiento de los cronistas españoles, criollos e indígenas, tuvieron un papel muy importante en la forja y orientación de la identidad de México. En función de ellas fueron consagrándose aquellos que serían tenidos como héroes: Cuauhtémoc, el último señor de los aztecas o mexicas; el defensor de los indios, fray Bartolomé de las Casas y el acucioso investigador de la cultura indígena fray Bernardino de Sahagún. También lo fueron los próceres de la Independencia, en particular Miguel Hidalgo y José María Morelos y los que consumaron la Reforma y consolidaron la vida republicana, de manera especial Benito Juárez.

La historiografía fecundó a la literatura y a otras artes. Se escribieron entonces no pocas novelas de tema histórico y se erigieron monumentos a los héroes en las grandes avenidas y paseos. Al igual que los misioneros habían añadido muchas veces el nombre de un santo al de alguna población indígena —por ejemplo, San Bartolo Naucalpan y San Cristóbal Ecatepec— también más tarde se repitió el proceso, pues en la toponimia entraron también los de los héroes. Como muestras mencionaré los ya citados nombres de lugar: San Bartolo Naucalpan de Juárez y San Cristóbal Ecatepec de Morelos. De este modo los tres



grandes períodos de la historia estuvieron representados con figuras y designaciones de cada uno de ellos.

No soslayaré en este contexto la actitud prevalente en México acerca de la Conquista y la persona de Hernán Cortés. Es verdad que, consumada la guerra de Independencia, prevaleció a la postre la corriente de quienes, opuestos a ideales monárquicos, buscaron construir la identidad del país siguiendo modelos como los de Francia y los Estados Unidos. Entre los que así pensaban e influyeron poderosamente en el destino de la nación, lo hispánico aparecía como aquello de lo que había de deshacerse. Fue entonces cuando la figura de Cortés polarizó el antagonismo hasta convertirse en símbolo negativo, contrastante con las figuras de indígenas como Cuauhtémoc.

No debe pensarse, por esto, que no haya en este punto apreciaciones de considerable objetividad en la historiografía mexicana, incluso en la del grupo liberal y positivista, cual es el caso del ya citado Vicente Riva Palacio en *México a través de los siglos*. Éste, al juzgar a Cortés, escribió:

Cortés no sabía que la gloria de los grandes hombres es como la semilla de los grandes árboles, tiene un período en que es flor y se abre lozana pero dura poco; después, convertida ya en semilla, necesita pasar largo tiempo sepultada en el olvido, para levantarse sobre la tierra, espléndida y vigorosa, desafiando el huracán de la calumnia y las tempestades de la envidia.

Al tratar enseguida acerca de la historiografía mexicana de las décadas más recientes, veremos que la búsqueda de objetividad en temas como éste, que para algunos parecía tabú, no sólo se ha incrementado sino que ha resultado en obras como la biografía y *corpus* documental que sobre Hernán Cortés ha aportado José Luis Martínez.

3. HACIA UN MAYOR PROFESIONALISMO E INSTITUCIONALIZACIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA

El establecimiento y ulterior caída de la dictadura de Porfirio Díaz, y los años de la Revolución Mexicana de 1910 dejaron, como sería de suponerse, profunda huella en el ser de México. Hay acerca de dichos acontecimientos varias obras en las que es palpable un cada vez mayor profesionalismo. Han participado en ella grupos de varios historiadores. Aludiré a una singular investigación que se realizó por ese tiempo. Fue concebida y coordinada por Manuel Gamio, fundador de la



moderna antropología mexicana en estrecha relación con la historia. Se propuso él, contando con un equipo de colaboradores, obtener un conocimiento diacrónico y hasta donde fue posible integral de la realidad del país. Para ello distribuyó su estudio por zonas de acuerdo con las correspondientes características geográficas, bióticas, sociales y culturales. Realización de enorme interés fue la que llevó a cabo en la región central de México, concentrándose en el valle de Teotihuacan. Allí, partiendo de investigaciones arqueológicas y luego sobre múltiples aspectos del pasado novohispano hasta llegar a las épocas moderna y contemporánea, pudo reunir conocimientos, resultado de trabajos multidisciplinarios, que la crítica internacional calificó de ejemplares.

La obra que publicó, *La población del valle de Teotihuacan* (1920), en tres grandes volúmenes, constituye un monumento en el que antropología e historia son el núcleo en torno al cual se concentraron aportaciones de disciplinas como la geografía, ecología, sociología, economía y otras. En el contexto posrevolucionario implicó esta investigación un alto grado de profesionalismo, así como el reconocimiento de la pluralidad y riqueza cultural del país.

Cabe mencionar también el surgimiento paralelo de la escuela muralista mexicana con los grandes maestros Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y otros, cuyas obras conllevan amplia gama de mensajes en torno a la historia de México.

4. INSTITUCIONALIZACIÓN Y CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS CONTEMPORÁNEAS

A la eclosión nacionalista del período posrevolucionario, que dejó honda huella no sólo en la pintura sino también en la música, la literatura y en otros campos de la cultura, siguió la etapa que, en lo concerniente a estrictamente la historiografía, puede calificarse de especialización en quienes la producen y de institucionalización en los centros de investigación públicos y privados. Haré aquí sólo referencia a las principales corrientes historiográficas presentes en la actualidad, así como a las más importantes instituciones que patrocinan las correspondientes investigaciones. Entre ellas están varias universidades y de modo especial la Nacional Autónoma de México. Desde hace más de cincuenta años existen en ésta institutos en los que se agrupan investigadores que participan además en la docencia. Cuatro de ellos mencionaré, los de Investigaciones Históricas, Filológicas, Estéticas (historia del arte) y el de más reciente creación, de Investigaciones Antropológicas.



En estos centros han laborado, y en algunos casos creado escuela, estudiosos de la talla de Manuel Toussaint, Francisco de la Maza, Justino Fernández, Ángel María Garibay, Edmundo O’Gorman, Pablo Martínez del Río, Paul Kirckhoff y Mauricio Swadesh, bien conocidos también en el extranjero. Significativa ha sido entre ellos la presencia de un grupo de españoles transterrados, es decir del exilio: Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, José Miranda, Santiago Genovés, Juan Ortega y Medina y algunos más. Concentrándome en el Instituto de Investigaciones Históricas, recordaré que en él se han hecho ediciones críticas de los grandes cronistas e historiadores de México y el Nuevo Mundo y publicado numerosas monografías sobre las tres etapas de la historia de México, así como otras tantas revistas sobre las mismas. Aunque en escala bastante reducida, en el dicho Instituto se ha atendido también a la historia de España, los Estados Unidos e Hispanoamérica.

Múltiples son los trabajos realizados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, tanto en la investigación como en la preservación y restauración del patrimonio cultural de México, cuya salvaguarda está a su cargo. Son centenares las zonas arqueológicas exploradas y también muchos los monumentos novohispanos —conventos, palacios y otras edificaciones— que han sido objeto de estudio y restauración. En dicho Instituto han laborado maestros como Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Eduardo Noguera e Ignacio Marquina. En la actualidad su planta de investigadores es de varios centenares, repartidos en subse-des en varios centros del país y en el extranjero.

Además de otras universidades como la Veracruzana, las de Puebla, Michoacán, Colima, Guadalajara, Yucatán, Tamaulipas, Sonora y Baja California, donde existen institutos de investigación histórica y antropológica, mencionaré la creación de los que han recibido el nombre de “Colegios”, creados como núcleos de investigación y de estudios de posgrado en varias ramas de las humanidades, con particular énfasis en la historia. Nació el primero de estos colegios con el nombre de “Casa de España”. En él convivieron maestros del exilio español y mexicanos. Con el ulterior crecimiento de ese centro, tuvo lugar su transformación en el hoy bien conocido Colegio de México. A imagen de éste se organizaron luego otros como los de Michoacán, Jalisco, Sonora y la Frontera norte.

En todos estos colegios, al igual que en las universidades donde se realizan investigaciones históricas y se cursan estudios con diversas especializaciones en historia y antropología, prevalecen el profesionalismo y la más absoluta libertad de pensamiento. Ello ha propiciado la manifestación, en distintos momentos, de corrientes como las del historicis-



mo, marxismo, estructuralismo y otros ismos. En cuanto a los temas que más atractivo han ejercido recordaré el amplio campo del pasado prehispánico, con la edición de códices y textos en lenguas indígenas —ámbito en el que personalmente me ocupo—, todo ello en estrecha relación con las investigaciones arqueológicas en muchos lugares del país. Otra área bastante atendida es la de las instituciones novohispanas, a la que Silvio Zavala ha dedicado su vida. También la historia de las mentalidades, la regional, la económica, la social y la de otras especialidades como la educación, la medicina, la gama muy amplia de las creaciones artísticas en los distintos períodos son objeto de cultivo. Las ediciones de fuentes y algunas nuevas síntesis de la historia nacional constituyen importantes aportaciones.

Dar aquí nombres sería incurrir en injustas omisiones. Importa subrayar que en el número creciente de investigaciones, y consiguientemente de publicaciones, sobre periodos, momentos y figuras del pasado de México, se perciben como es natural puntos de vista diferentes. Ellos han superado, con algunas anacrónicas excepciones, viejos radicalismos ideológicos como los de indigenistas e hispanistas. Concebidas tales investigaciones con el propósito de acrecentar el conocimiento del ser de México influyen ciertamente en la forja de su identidad. Tanto en las obras de investigación como en los manuales escolares —incluyendo los en ocasiones debatidos “libros de texto gratuitos”, en particular los de historia— es verdad que la objetividad prevalece sobre cualquier partidismo. Interesará a los colegas historiadores de los otros países hispanoamericanos saber que en dichos libros de texto se enfatiza la importancia de los legados indígena e hispánico, también la presencia de africanos y los vínculos históricos, lingüísticos y culturales sobre los que se funda la comunidad hispanoamericana de naciones.

La Academia Mexicana de la Historia —a través de sus propias publicaciones y en otros trabajos de sus miembros— ha contribuido ampliamente en el reconocimiento y valoración de estos legados. Con enfoque crítico ha mostrado cómo, más allá de los vaivenes en el proceso histórico del ser nacional, la construcción de su identidad se sustenta sobre todo en su doble herencia, la indígena y la hispánica, una y otra insuprimibles.

La primera, con las raíces milenarias del surgimiento y evolución de una cultura original, que creó formas propias de organización, tuvo ciudades, inventó la escritura y dejó miles de inscripciones, así como algunos códices o libros. La presencia de descendientes de esos creadores de cultura, que mantienen vivas sus lenguas, es llamada per-



manente de atención a esta realidad. En nuestra academia ha habido y hay investigadores que han contribuido al conocimiento de este legado y a lo que significa la presencia de millones de indígenas contemporáneos.

La segunda herencia, la hispánica, vincula a México y a los otros países hermanos con las civilizaciones que han florecido en el Mediterráneo, desde Egipto, Grecia y Roma, incluyendo el judaísmo y el cristianismo, hasta lo que era la realidad de España al tiempo del encuentro y luego durante tres siglos. Aportaciones muy estimables han hecho miembros de nuestra Academia sobre lo que fue luego la implantación de lo hispánico en el ser de México, su visión del mundo, religión, lengua, arte y costumbres. Contribuir a la formación de la construcción de la propia identidad ha sido, en suma, principal tarea de la Academia.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

No quiero pecar de optimista y menos de ingenuo. No todo es color de rosa en el campo de nuestro interés, la investigación histórica en México. En primer término debe reconocerse la limitación de recursos de que disponen las instituciones en que se lleva a cabo, así como lo reducido de las percepciones de los historiógrafos. Otro punto de suma importancia es su relativo aislamiento respecto de los colegas del ámbito hispanoamericano.

Desde hace varias décadas existe una asociación de historiadores mexicanos y norteamericanos que propicia intercambios así como la celebración periódica de reuniones que tienen lugar alternativamente en ciudades de los dos países. Es un hecho que, dado lo numeroso de los historiadores norteamericanos especializados en el estudio del pasado de México, esta relación ha tenido importantes consecuencias. También los historiadores mexicanos se han mantenido en frecuente contacto con colegas europeos, sobre todo franceses, alemanes, ingleses y españoles. Respecto de estos últimos recordaré un intento de creación, hará un par de décadas, de una asociación de colegas españoles y mexicanos. Desgraciadamente, tras una reunión celebrada en la Universidad Complutense, el proyecto no cristalizó. Algo parecido ocurrió con la propuesta de una asociación latinoamericana de historiadores.

Muy lamentable es esto en verdad. Constituimos un gran conjunto de naciones que comparten una herencia histórica, lingüística y cultural. Muchos de los procesos que han ido conformando el ser nacional de cada uno de nuestros países guardan considerable semejanza.



Podría decirse que, desconociendo lo que tenemos en común, desconocemos parte de lo que cada uno somos.

Existen ejemplos admirables de lo que puede lograrse al abrir la mira para abarcar la plenitud de nuestro ser hispanoamericano. Uno solo citaré, acometido y realizado en gran parte por una sola persona. Me refiero a la monumental aportación del chileno José Toribio Medina (1851-1930). A él debemos los numerosos volúmenes en que recogió la historia de la imprenta en las principales ciudades de Hispanoamérica. En el caso de México nos hizo el inmenso obsequio de la *Historia de la imprenta en México; en Puebla de los Ángeles; en Oaxaca; en Guadalajara; en Veracruz y en Mérida*. Investigó y publicó también sobre la *Inquisición en México*, así como acerca de los bibliógrafos José Mariano Beristáin y Souza y Joaquín García Icazbalceta. Obra póstuma suya fue una amplia *Bibliografía de Hernán Cortés*.

Pienso que corresponde a nuestras academias y de modo particular a la Asociación Iberoamericana de Academias de la Historia, propiciar trabajos que nos acerquen al conocimiento del pasado y el presente que compartimos. Percatarnos de esto nos llevará a tomar conciencia de que podemos enriquecer lo que es una identidad supranacional, la nuestra hispanoamericana. Conscientes de ella los cerca de cuatrocientos millones de mujeres y hombres que nos comunicamos en español, podremos encaminarnos con pie firme a lo que en el siglo XXI será un destino promisorio que juntos habremos de compartir.